

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA.

I.

Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio.

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado á Mario á la barricada de la calle Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino.

Quería morir y se le presentaba la ocasión; llamaba á la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le entregaba la llave.

Esas lúgubres brechas que se abren en las tinieblas, ante la desesperación, son tentadoras.

Mario separó la verja que le había dejado pasar tantas veces; salió del jardín, y dijo: "¡vamos!"

Loco de dolor, no sintiendo nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, abrumado á la vez por todas las cavilaciones de la desesperación, no tenía más que un deseo: acabar brevemente con la vida.

Empezó á andar rápidamente; precisamente iba armado de los dos cachorrillos que le dió Javert.

El joven á quien había creído ver, se había perdido en la obscuridad de las calles.

Mario, que había salido de la calle Plumet, por el boulevard, atravesó la explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Eliseos, la plaza de Luis XV, y llegó á la calle de Rívoli.

Las tiendas estaban abiertas, el gas brillaba bajo los arcos, las mujeres compraban en las tiendas, se servían sorbetes en el café Laiter, y se comían pastelillos en la pastelería inglesa.

Solamente algunas sillas de posta partían al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

Mario entró por el pasaje Delorme en la calle de San Honorato.

Las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban delante de sus puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como de ordinario.

En la plaza del Palacio Real, había caballería.

Mario siguió por la calle de San Honorato.

A medida que se alejaba del Palacio Real, veía menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas; nadie hablaba en los umbrales; la calle se oscurecía, y al mismo tiempo se engrosaba la multitud, porque los transeúntes formaban ya muchedumbre.

Nadie hablaba al parecer, entre la muchedumbre aquella; y sin embargo, salía de la misma un murmullo sordo y profundo.

Hacia la fuente del Arbol seco, había grupos inmóviles y sombríos, que se destacaban entre los que iban y venían, como piedras en medio de una corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud no andaba ya. Era una masa resistente, sólida, compacta, casi impenetrable, de personas amontonadas que hablaban en voz baja.

Apenas había allí levitas negras, ni sombreros redondos; chaquetones, blusas, gorras, cabezas erizadas y terrosas.

Aquella multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna.

Sus cuchicheos tenían el ronco sonido de un estremecimiento.

Aunque ninguno andaba, se oía un continuado pisoteo en el lodo.

Más allá de este espesor de muchedumbre, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había una sola vidriera en que brillase una luz.

Veíase perder á lo lejos en aquellas calles, la hilera solitaria y decreciente de los faroles.

Los faroles de aquel tiempo parecían grandes estrellas rojas colgadas de cuerdas, proyectando en el suelo una sombra que tenía la forma de una enorme araña.

Estas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban.

Ningún curioso pasaba de aquel límite; allí cesaba la circulación; allí terminaba la multitud, y empezaba el ejército.

Mario iba decidido; con la voluntad del hombre desesperanzado, le habían llamado, y debía ir.

Halló medio de atravesar por entre la multitud y las tropas; sorteó las patrullas y evitó los centinelas.

Dió un rodeo, llegó á la calle Bethisy, y se dirigió hacia el Mercado.

Después de haber atravesado la zona de la multitud, había pasado el límite de la tropa; se encontraba envuelto por algo terrible.

Ni un transeúnte, ni un soldado, ni una luz; nada. El silencio, la soledad, la noche, un frío que le sobrecogía. Entrar en una calle, era entrar en una cueva.

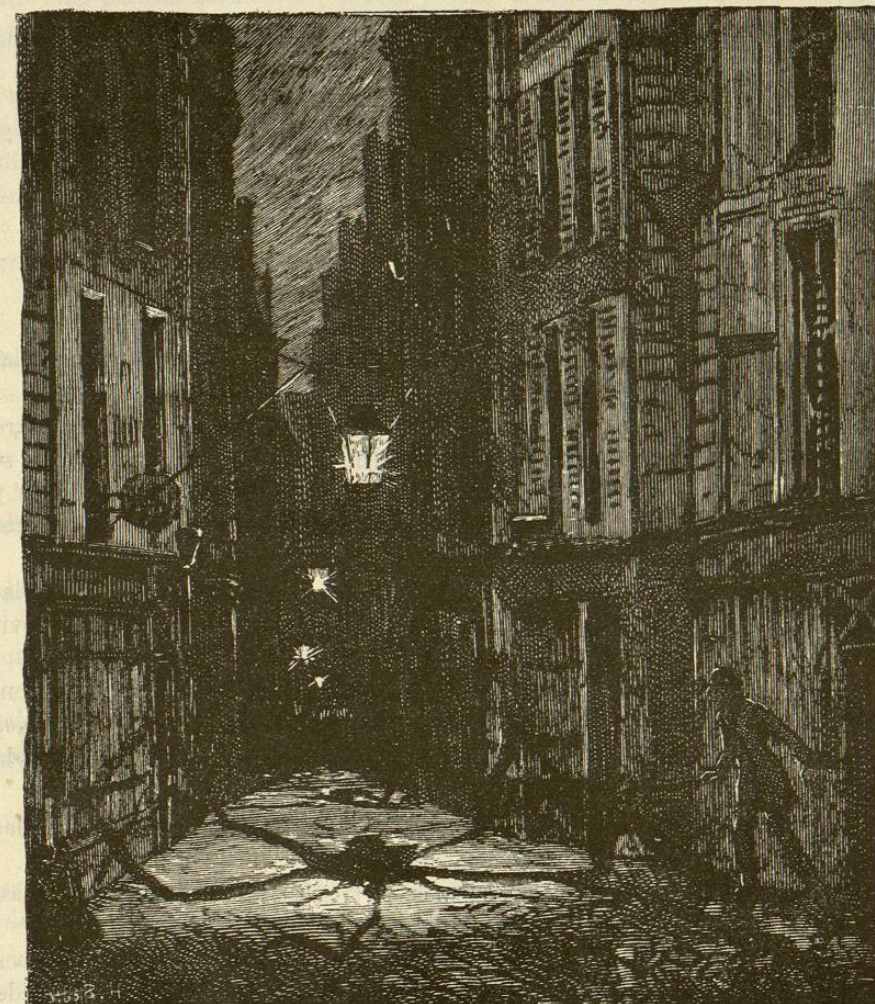
Continuó avanzando.

Dió algunos pasos. Alguién pasó corriendo por su lado. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Eran más de uno? No hubiera podido decirlo. Aquello había pasado, y se había desvanecido.

De rodeo en rodeo, llegó hasta una callejuela que creyó ser la de la Poterie, y hacia el medio de esta calle, encontró un obstáculo.

Extendió las manos, y tropezó con una carreta volcada; pisaba al mismo tiempo charcos de agua, baches, adoquines amontonados y esparcidos. Había allí una barricada bosquejada y abandonada.

Saltó por encima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo.



Iba siempre junto á los guarda cantones y guiándose por la pared de las casas.

Un poco más allá de la barricada, le pareció distinguir alguna cosa blanca; se acercó y vió dos bultos; eran dos caballos blancos; los del ómnibus que desenganchó Bussuet por la mañana, los cuales habían andado errantes todo el día, y concluido por pararse allí con esa pasividad sumisa de los brutos que no comprenden las acciones del hombre, como no comprende éste las de la Providencia.

Mario pasó adelante.

Cuando llegó á una calle que le pareció la del Contrato Social, un tiro que

no sabía de dónde venía y atravesaba la obscuridad, al azar, silvó á su lado mismo, y la bala fué á dar por cima de su cabeza, á una bacía colgada á la puerta de una barbería.

En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el ángulo de los pilares del Mercado, aquella bacía agujerada.

Aquel tiro de fusil era aún de vida; á partir de aquel instante, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecíase á un descenso por una escalera de gradas sombrías.

Pero no dejó por eso Mario de seguir adelante.

II

París á vista de buho.

Un ser que hubiese podido cernirse sobre París en aquel momento en alas de murciélago ó de muchuelo, hubiera descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que viene á ser como una ciudad dentro de otra atravesando por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurrectos sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío, abierto en el centro de París.

La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí terminaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento.

La policía invisible del motín, velaba en todas partes, y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar los pocos en la gran obscuridad, multiplicando los combatientes con las posibilidades de la lobreguez.

Al caer el día, todas las ventanas con luz habían recibido un balazo que las apagaba, como también alguna vez, la vida del vecino.

Así nada se movía; reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas, y en las calles una especie de horror sagrado.

Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, ni los cañones de las chimeneas, los tejados, á los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y de lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto entre aquel conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de trecho en trecho, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas; eran las barricadas.

El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre del cual se elevaban las masas inmóviles y lúgubres de la torre de Santiago, de la iglesia de San Merry, y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes elevados por el hombre, y que la noche trueca en fantasmas.

Alrededor de aquel laberinto desierto y alarmante, en los barrios donde aún no había cesado la circulación, donde aún había algunos faroles, el observador aéreo, habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y ballonetes, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que se aumentaban de minuto en minuto; formidable muralla que se estrechaba y cerraba alrededor del motín.

El barrio de la insurrección no era sino una especie de monstruosa caverna; allí todo parecía dormido ó inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra feroz, llena de peligros, de choques desconocidos y temibles; sombra en que era terrible penetrar y espantoso permanecer; donde los que entraban, temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venían; combatientes invisibles ocultos en las esquinas; los bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche.

Allí no podía esperarse otra claridad que el relámpago de los fusiles, ni otro encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte.

¿Dónde? ¿Cómo? No se sabía; pero era cierto é inevitable.

Allí, en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la Guardia Nacional y las sociedades populares, el orden y el motín, iban á buscarse á tientas.

Para unos y para otros, la necesidad era la misma.

Salir de allí muertos ó vencedores, esta era la única salida posible.

Situación tan extremada, obscuridad tan poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de resolución, y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión.

Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al nacer el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurrección fuese una revolución ó un chispazo apagado.

El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De ahí nacía la angustia, que se mezclaba con la impenetrable sombra de aquel barrio, donde todo iba á decidirse; de ahí un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oía más que un sólo ruido: ruido doloroso como el estertor de la muerte, amenazador como una maldición: el toque á rebato de San Merry.

Nada más glacial, que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede frecuentemente, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con que los hombres iban á hacer; nada se oponía á las armonías de aquel conjunto.

Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues.

Un cielo negro cubría aquellas calles muertas, como si se desplegara un inmenso sudario sobre aquella tumba inmensa.